

Traducción del texto original

**SPECIALE CARLO ACUTIS. ADOLESCENTE E SANTO NEL 2000.  
DA MILANO AD ASSISI PER INCONTRARE LA SANTITÀ ORIGINALE DI CARLO ACUTIS,  
IN «NOTE DI PASTORALE GIOVANILE» 2 (2025) 49-60**



**ESPAÑOL**

**SPECIAL CARLO ACUTIS:  
UN ADOLESCENTE Y UN SANTO  
DEL TERCER MILENIO  
De Milán a Asís: descubriendo  
la santidad original de Carlo Acutis**



**ESTUDIOS**

## CARLO, ¿QUIÉN ERA?

*Letizia Gualdoni*

Hay una luz que une, en la oración, a Carlo Acutis con Milán —su ciudad— y con Asís, donde pasó largos períodos de su vida. Carlo nació en Londres el 3 de mayo de 1991, ciudad a la que su familia se había trasladado por motivos laborales de su padre. Ese mismo año regresaron a Milán, donde cursó la escuela primaria y secundaria con las Hermanas Marcellinas y, más tarde, el bachillerato clásico en el Instituto Leone XIII.

Era un muchacho como tantos otros que, en la vivacidad de una vida cotidiana sencilla, amaba jugar al fútbol y a los videojuegos, tocar el saxofón y cultivar una marcada pasión por la informática. Puso sus talentos al servicio de la fe, creando páginas web para evangelizar y diseñando una exposición sobre los milagros eucarísticos. Al mismo tiempo, mostraba una extraordinaria atención hacia los demás, especialmente hacia los mendigos que encontraba por las calles, tratándolos siempre con amabilidad y generosidad.

El secreto de su fuerza espiritual residía precisamente en su amistad con el Señor: una fe profunda y sorprendente para alguien tan joven, expresada en su devoción a la Virgen María y en su relación con la Eucaristía, a la que él mismo definía como “mi autopista hacia el cielo”. Permanecía frecuentemente en oración ante el Santísimo en la parroquia de Santa Maria Segreta, aprendiendo a poner a Dios en el centro de todo. “No yo, sino Dios” se convirtió en su lema.

Cuando apenas comenzaba la adolescencia, Carlo murió a los quince años, el 12 de octubre de 2006, a causa de una leucemia fulminante. Vivió su sufrimiento ofreciéndolo por el Papa y por la Iglesia. A través de su testimonio —que alcanzó al mundo entero— y de los signos que siguieron manifestándose después de su muerte, se convirtió en un ejemplo de santidad y en un fuerte punto de referencia para niños y jóvenes, especialmente preadolescentes y adolescentes.

El propio Carlo había expresado el deseo de ser sepultado en Asís, donde había podido respirar el carisma de san Francisco. Más tarde, sus restos fueron trasladados desde el cementerio hasta el Santuario de la Expoliación, hoy meta de innumerables peregrinaciones. Junto a su cuerpo arde permanentemente la Lámpara de los Oratorios, alimentada con aceite ofrecido por los jóvenes de la Iglesia ambrosiana: una luz que permanece como signo permanente del vínculo entre Iglesias hermanas unidas en torno al beato Carlo Acutis.

Tras su beatificación en Asís en 2020, el papa Francisco aprobó el decreto relativo al milagro atribuido a su intercesión. Carlo Acutis sería canonizado durante el Jubileo de los Adolescentes, el 27 de abril de 2025. Serán precisamente los jóvenes quienes celebrarán en Roma, junto a miles de chicos y chicas de su misma edad, la canonización de este muchacho milanés al que sienten especialmente cercano y que continúa animándolos en el camino hacia el cielo. Carlo nació “original” y, para no morir “como una fotocopia”, hizo suyo este programa de vida: “estar siempre unido a Jesús”.

Para conocer y comprender mejor la personalidad y la espiritualidad de Carlo Acutis, próximo ya a ser proclamado santo, se plantearon algunas preguntas al arzobispo de Milán, Mario Delpini, y al obispo de Asís, Domenico Sorrentino. Sus respuestas revelan el modelo de santidad posible que Carlo encarna: una santidad expresada en la valentía de ir contracorriente, de no conformarse y de testimoniar con alegría el amor al Señor Jesús y el entusiasmo por servir a quienes más lo necesitan. La suya fue una vida breve y, sin embargo, maravillosa: una vida que no terminó con la muerte. Carlo vive hoy en el corazón de muchísimas personas y, sobre todo, en el de tantos niños, adolescentes y jóvenes de Milán, Asís y del mundo entero que se encomiendan a él.

## LA PARADOJA DE LA SANTIDAD

*Entrevista al Arzobispo de Milán  
Mario Delpini*

**Pregunta.** *¿Qué es lo que más le impresiona de Carlo Acutis, antes aún como muchacho que como santo?*

**Respuesta.** Hay algo fascinante en ser un muchacho, un adolescente: vivir es al mismo tiempo una sorpresa y un juego. Es hermoso descubrir la posibilidad de correr, de caminar, de alcanzar una meta, de aprender a usar un ordenador, de hacer sonreír a los padres con una fotografía original, una expresión divertida o una frase en dialecto pronunciada con acento londinense. Hay algo maravilloso en descubrir las propias capacidades. A esa edad —me parece— uno se fija menos en lo que falta y más en lo que ya posee. Existe una alegría en sentirse capaz de hacer felices a los demás. Hay alegría en sentirse adecuado para la vida tal como uno es, en encontrar natural gozar de buena salud y sentirse cuidado en la enfermedad. En valorar lo que uno puede hacer sin sufrir excesivamente por sus propios límites. En esa edad —la de la infancia y la adolescencia— habita la alegría sencilla de dar alegría, de estar con los amigos, de soñar el futuro, de contar historias verdaderas y aventuras imaginarias. Y también la sensación de que el mundo es habitable y la vida deseable. Lo que más me impresiona es el encanto de una vida llena de promesas.

**Pregunta.** *Carlo es un santo no solo de la diócesis de Milán, sino también de la ciudad y del Milán de hoy. ¿Qué dice la santidad de Carlo al Milán contemporáneo?*

**Respuesta.** Milán es verdaderamente una ciudad de santos. Basta pensar en el Duomo. ¿Cómo imaginar Milán sin el Duomo? Y el Duomo está lleno de santos: han trepado hasta lo alto de las agujas... ¡espero que no sufran de vértigo! Y, sin embargo, llevan allí siglos. Los santos se han escondido en cada rincón de la catedral. Quién sabe qué historias se cuentan mientras observan a las multitudes de turistas y peregrinos que pasan por debajo de ellos. En todas partes de Milán hay calles dedicadas a santos, iglesias, capillas, memoriales. Milán es una ciudad de santos. Entre los muchachos y adolescentes que conozco, la santidad suena muchas veces como una palabra extraña, una idea vaga y confusa. Imagino que en Milán no se habla mucho de santidad; parece un tema abstracto y un poco exótico. En cambio, se habla de la emoción provocada por el gesto más pequeño, de la compasión ante el espectáculo insoportable de quien duerme bajo los soportales, del fastidio frente a la retórica vacía, de la admiración hacia un sacerdote santo, una mujer santa, una religiosa santa. La santidad de Carlo convence del mismo modo que la santidad de Candia, de Enrichetta, de Lazzati o de Giussani: santos sin estridencias y sin milagros espectaculares. Santos que simplemente se toman la vida en serio. Milán sigue siendo una ciudad de santos.

**Pregunta.** *Un adolescente de hoy que llega a ser santo en un momento complicado para la Iglesia: los jóvenes abandonan la misa, los seminarios están cada vez más vacíos y muchos adolescentes viven un profundo malestar interior. ¿Qué desafío plantea la santidad de Carlo Acutis a la Iglesia y a la sociedad?*

**Respuesta.** El conformismo es aburrido. Dejarse arrastrar por “el ambiente que se respira” es casi inevitable... y el ambiente de hoy está contaminado. El clima dominante empuja hacia la tristeza, y muchas voces insisten en la conformidad. Dicen: “No creas que es posible ser feliz. No seas ingenuo: rezar no sirve para nada. ¿De qué sirve? Está prohibido desear hacerse adulto: ¿no ves lo infelices que son los adultos? No te prives de lo que te gusta. No te preguntes si algo está bien o mal; simplemente disfruta lo que puedas. No intentes ser original, porque te convertirás en blanco de burlas y de todo tipo de acoso. No digas: ‘He ido a misa’. Solo conseguirías quedar en ridículo”. Y así sucesivamente. Parece entonces que uno estuviera obligado a conformarse y a vivir en una grisura aburrida. Sin embargo,

siempre hay alguien que levanta la mano y dice: “A mí, en cambio, me parece mejor buscar el camino de la alegría, aunque eso signifique ser diferente”. Uno puede imaginar cómo todos se vuelven a mirarlo con sorpresa... y también con cierto desprecio. Pero él continúa, con ese modo suyo audaz y sonriente: “A mí, en cambio, me parece mejor empezar a trabajar para mejorar el mundo, y yo ya he comenzado, en mi pequeña medida”. Y se puede imaginar la sonrisa burlona dibujándose en muchos rostros. Pero él sigue adelante, con una valentía impresionante: “Yo, en cambio, sé que puedo confiar en Dios y le rezo todos los días”. En ese momento, algunos lo insultan abiertamente. Pero también hay quienes no esconden su admiración y su deseo de convertirse en sus amigos. Así me parece que Carlo Acutis se presenta hoy ante sus coetáneos: sin demasiados complejos y con una alegría contagiosa por vivir su amistad con Jesús.

**Pregunta.** *Carlo Acutis nos enseña a ponernos ante la Eucaristía, que para él era la “autopista hacia el cielo”. ¿Cómo ayudar a adolescentes y jóvenes a redescubrir que el camino de la vida pasa por el encuentro con Jesús?*

**Respuesta.** Debemos comenzar por la confianza. Jesús dice: “Yo atraeré a todos hacia mí”. Por eso estoy convencido de que todos son atraídos hacia Jesús por caminos y en tiempos que escapan a nuestro control. Nosotros podemos favorecer u obstaculizar la obra de Jesús. Incluso cuando somos servidores inadecuados de la atracción de Cristo, Jesús continúa atrayendo a todos hacia sí y no quiere que nadie se pierda. Porque, si no es el Espíritu quien actúa en el corazón, ninguna propuesta, norma o estrategia logrará convencer a alguien de buscar el encuentro con Jesús —o mejor dicho— de abrir la puerta a Aquel que está llamando. ¿Podemos hacer algo para favorecer la disponibilidad de los adolescentes? Yo propondría tres caminos. El primero es el silencio. Podemos ofrecer a los adolescentes ocasiones de silencio; invitarlos, organizar espacios para ellos y animarlos a alejarse del ruido continuo de las redes sociales y de la invasión de las distracciones. En el silencio de los adolescentes pueden habitar la ansiedad, las fantasías enfermizas, el miedo a monstruos sin rostro, el dolor y la vergüenza provocados por antiguas heridas o pecados embarazosos. Por eso, proponer el silencio no es algo fácil. Pero aun así, algo puede hacerse. Porque el Espíritu de Dios habita en el silencio y solo en el silencio puede escucharse su susurro. Y el Espíritu nunca deja de inspirar. El segundo camino es la amistad. Los verdaderos amigos son aquellos que nos ayudan a ser mejores. Si dentro de un grupo de adolescentes algunos amigos se animan mutuamente a vivir la oración, la adoración eucarística y la misa, podrán contagiar poco a poco al resto del grupo. Carlo Acutis era uno solo, pero supo implicar a sus compañeros y ahora sigue animando a muchos más. El tercer camino es la sabiduría de los adultos. Los adultos que saben hablar personalmente con los adolescentes y escucharlos pueden enseñar cómo se aprende a rezar a solas y cómo se descubre la alegría de la celebración comunitaria. Un sacerdote, un amigo mayor, una religiosa, una joven catequista: cualquiera que sepa dialogar personalmente con un adolescente puede dar testimonio de cómo la palabra de Jesús en el Evangelio es incisiva, luminosa, consoladora y provocadora. También pueden enseñar cómo se vencen las tentaciones, cuán necesario es tener paciencia con uno mismo y cómo no dejarse abatir por las propias derrotas.

**Pregunta.** *Tres expresiones tomadas de los escritos de Carlo se han hecho especialmente conocidas: “Originales, no fotocopias”, “La meta es el infinito” y “No yo, sino Dios”. ¿Qué significaban estas palabras para Carlo y qué pueden significar hoy para niños, adolescentes y jóvenes?*

**Respuesta.** Existen frases breves y fáciles de recordar que funcionan simplemente como eslóganes, como carteles publicitarios: impactan, pero detrás de ellas no hay nada. Y luego existen frases breves y fáciles de recordar que son como títulos: puertas de entrada, títulos de un capítulo de la vida. Frases que abren un mundo e inspiran un camino. Entonces uno empieza a preguntarse: ¿qué frases me inspiran a mí? ¿En qué palabras se condensa el mensaje que he recibido de Jesús? ¿Cuáles son las expresiones provocadoras y atractivas que me introducen en mi propio misterio y en el misterio de Dios? Este es el primer mensaje que Carlo Acutis dirige a sus coetáneos: descubrir el propio lema, la frase que resume las convicciones más profundas y orienta la vida. Lo que Carlo resumía en estas expresiones nos invita a comprender la vida como vocación. Más allá de la banalidad y de la confusión, la presencia y el amor de Dios —que está antes de todas las cosas (“No yo, sino Dios”)— llama a cada persona a ser original y a

realizar plenamente su propia vocación (“Originales, no fotocopias”). Jesús llama a seguirlo porque solo Él tiene palabras de vida eterna; solo su palabra ofrece una esperanza verdaderamente prometedora (“La meta es el infinito”).

**Pregunta.** *El camino humano y espiritual de Carlo se desarrolla en la vida cotidiana: la familia, la escuela, las amistades normales, la parroquia. En cada uno de estos ambientes Carlo encontró adultos significativos que le dieron mucho, pero que también supieron escuchar su experiencia humana. ¿Qué enseñanzas y desafíos ofrece la historia de Carlo a los educadores de la comunidad cristiana de hoy?*

**Respuesta.** Una “terapia centrada en el cliente” —tomando prestado el título de un libro de otros tiempos— me parece una forma de fomentar ese individualismo enfermizo que condena a la soledad y a la desesperación. Lo mismo puede suceder con una educación centrada exclusivamente en el joven. La educación es una relación, no simplemente un servicio. Es una relación interpersonal y asimétrica que implica al adulto en la responsabilidad de ser verdaderamente adulto y de ofrecer a los jóvenes razones válidas para desear llegar a serlo. El educador debe revelar a niños, adolescentes y jóvenes el carácter prometedora y, al mismo tiempo, dramático; bello y, al mismo tiempo, imprevisible de la vida. El adulto se implica personalmente en esta relación porque no solo tiene estima de sí mismo, sino también confianza y aprecio por las posibilidades de cada joven. Por eso anima a vivir, a amar la vida y a desear generar vida. Y, al mismo tiempo, interpela a cada persona para que reconozca sus talentos y acepte la vocación de hacerlos fructificar. En su misión educativa, el educador —padres, sacerdotes, consagrados, profesores y jóvenes— actúa como testigo: no atrae hacia sí mismo, sino que remite al principio y fundamento de la belleza de la vida y de la vocación de cada persona, que es el Señor. Por eso creo que resulta difícil ser un educador ateo o agnóstico, como algunos afirman ser, incluso mostrando admirables cualidades humanas, dedicación y competencia, y sin embargo guardando silencio sobre la cuestión fundamental: si la vida tiene o no un sentido, si existe o no una promesa de vida eterna inscrita en ella. El educador-testigo es consciente tanto de la importancia como de los límites de su tarea. No se encuentra ante un bloque de madera del que haya que esculpir una figura humana, sino ante una persona libre y decidida. La educación no consiste en transmitir reglas o ideas como si fueran una herencia de la que apropiarse. Más bien, el educador-testigo tiene la misión de despertar e interpelar a una persona libre, ayudándola a tener estima de sí misma, a sentirse capaz de afrontar la vida, a acoger con gratitud reglas, ideas y propuestas, y finalmente a decidir responsablemente sobre su propia existencia. El educador también ayuda haciendo consciente a la persona de sus límites, corrigiendo sus faltas, animándola en los momentos de desánimo y ayudándola finalmente a ir más allá del propio educador. Creo que Carlo Acutis fue más allá. El mundo avanza porque muchos muchachos y muchachas van más allá, hacia el Reino.

## EL SANTO DE LOS MILLENNIALS

*Entrevista al Obispo de Asís  
Domenico Sorrentino*

**Pregunta.** *Santo a los quince años, como muy pocos no mártires en la historia de la Iglesia. Entonces, incluso en la edad de las turbulencias, es posible vivir y testimoniar la plenitud del amor. ¿Qué significa la santidad para un muchacho de quince años?*

**Respuesta.** No significa otra cosa que aquello que la santidad representa para todos los santos, tal como Carlo mismo lo expresó en el programa de su vida: “Estar siempre unido a Jesús”. Esta unión divino-humana adquiere formas muy diversas según la edad, la personalidad y las circunstancias. Jesús es el Emmanuel, el Dios-con-nosotros, y camina a nuestro lado. Se adapta a la vida de un muchacho y a la de un adulto; a la vida de las personas sencillas y a la de los grandes intelectuales, teólogos y doctores de la Iglesia. Se adapta tanto a las vidas marcadas por el pecado y por conversiones extraordinarias como a aquellas en las que la relación con Dios ha transcurrido serenamente, salvo las fragilidades veniales que incluso los santos conocen. En definitiva, es Jesús quien se adapta a nosotros. En la vida de Carlo todo fue tan normal y, al mismo tiempo, tan extraordinario. Hay una belleza en la santidad que la hace aparecer atractiva... y posible. El hecho de que Carlo esté sepultado en un santuario franciscano obliga inevitablemente a compararlo con el Santo de Asís. A primera vista, la comparación parece imposible. Precisamente por eso quise ocuparme de este tema en mi libro sobre Francisco y Carlo —o mejor dicho, sobre Francisco, Clara y Carlo— para que este aspecto no pasara desapercibido. No están juntos por casualidad. El designio de Dios los unió como un “equipo”, un grupo que juega el partido de Dios. Representan dos formas de santidad muy diferentes y, sin embargo, unidas por muchos hilos que muestran la riqueza y las múltiples expresiones de la santidad, tanto en sus diferencias como en sus convergencias. En una parte del libro, hablando de la pobreza —vivida de formas tan distintas por Francisco y Carlo— concluyo diciendo: “Si no puedes hacer como Francisco, al menos haz como Carlo”. La cuestión no es la profundidad de la santidad, que siempre consiste en la unión con Jesús, sino la manera concreta de vivirla. Carlo representa una santidad posible para todos. Te atrapa. Después de conocerlo, ya no puedes decir: “La santidad no es para mí”. Creo que después de él tendremos otros santos adolescentes. Y para una generación como la de los adolescentes de hoy, que vive en un mundo convertido en un enorme desafío, esto representa una gran esperanza.

**Pregunta.** *Milán, la gran metrópoli italiana, y Asís, capital universal de la espiritualidad: Carlo Acutis parece unir dos mundos opuestos. ¿Existe quizá un mensaje en ello?*

**Respuesta.** Tal vez sí. Y me parece un mensaje hermosísimo. Aunque Carlo se sintió espiritualmente atraído por Asís, incluso en la muerte, jamás renegó de su identidad milanés. Incluso su perfil de joven apasionado por la informática encaja perfectamente en una ciudad capital de la economía y de la tecnología. ¿Quién ha dicho que la santidad pertenece solamente a los pequeños pueblos y no a las grandes metrópolis? Carlo siguió siendo profundamente milanés. Y, al mismo tiempo, se convirtió espiritualmente en conciudadano de Francisco, sobre todo porque decidió seguir sus huellas. En cierto sentido, Milán llama a Asís y Asís llama a Milán. La comparación entre ambas ciudades ayuda también a comprender dos dimensiones de la santidad: la santidad necesita silencio y pequeñez, pero al mismo tiempo puede convertirse en fermento incluso dentro de las grandes ciudades. Allí donde existe una humanidad auténtica, la santidad está llamada a cumplir su misión: humanizar el mundo y hacerlo más divino.

**Pregunta.** *Usted definió a Carlo Acutis como “un muchacho sobre los hombros de un gigante”, refiriéndose a san Francisco. Carlo no fue un santo franciscano en sentido estricto, pero existe claramente un vínculo entre ambos. ¿Qué puntos de contacto percibe?*

**Respuesta.** Debo admitir que la comparación entre Francisco y Carlo —como explico desde las primeras páginas de mi libro— nació precisamente gracias a los jóvenes. Más concretamente, surgió de una conversación con unos jóvenes estadounidenses con quienes hablé de Jesús hace algunos años. El discurso brotó de manera tan natural... quizá porque veía en sus ojos una búsqueda profunda. Comienzo precisamente por ese inmenso deseo de vivir que Francisco y Carlo manifiestan juntos. ¿Quién habría llegado a ser san Francisco si antes no hubiera existido aquel joven de Asís, el “rey de las fiestas”, siempre en busca de nuevas aventuras porque amaba la vida y quería vivirla hasta el fondo? La santidad es, ante todo, un inmenso deseo de vivir. Francisco y Carlo lo expresan de maneras distintas. Luego paso —y aquí entra inmediatamente en juego la sensibilidad de los adolescentes— al sentido del cuerpo. Ambos santos tuvieron una relación con el cuerpo que revelaba su belleza, una belleza que no se conforma solo con la apariencia exterior. Después está el tema del “camino”: ambos fueron santos dinámicos, caminantes incansables. Francisco recorrió las rutas de un Medioevo que se abría a la aceleración de la modernidad; Carlo habitó incluso los caminos de Internet. Y luego vienen los aspectos más propiamente espirituales: ante todo la Eucaristía, que para ambos fue el alma de su alma, y también el amor a la Virgen María. Finalmente están cuestiones que abordo de manera deliberadamente provocadora, como la economía y la ecología. Son temas especialmente sensibles para nuestra época y, en el caso de Francisco, a veces se corre el riesgo de forzar interpretaciones, arrastrándolo hacia debates contemporáneos y olvidando aquello que le era más esencial: su pasión por Jesús y por el Evangelio. Sin embargo, también la economía y la ecología forman parte de una visión cristiana de la vida, y tanto Francisco como Carlo tienen algo que decir —y sobre todo algo que testimoniar— acerca de estos temas. No por casualidad, uno de los capítulos de mi reflexión sobre ambos lleva por título “¿Economistas sin saberlo?”, donde retomo el pacto firmado por el papa Francisco el 22 de septiembre de 2024 junto con miles de jóvenes economistas y emprendedores en Asís, con el fin de renovar la economía devolviéndole un alma. Y, naturalmente, no podía faltar un capítulo sobre Internet: un tema que involucra no solo al joven santo del tercer milenio, sino también al santo de hace ochocientos años. El título ya deja entrever la perspectiva: “La Internet de la Eucaristía”. En el libro sostengo que debemos pasar de la “inter-net” a la “Jesus-net”. Si Internet no está habitada por valores eucarísticos, podrá seguir haciendo maravillas al informarnos sobre miles de cosas y permitirnos comunicarnos en tiempo real. Pero el verdadero desafío consiste en pasar de la comunicación a la comunión. Internet puede servir tanto a la guerra como a la paz. Francisco y Carlo están del lado de la paz.

**Pregunta.** *¿Qué ve usted en Asís alrededor de la tumba de Carlo? ¿Qué buscan los adolescentes y los jóvenes que rezan ante Carlo Acutis?*

**Respuesta.** Lo que más me impresiona, ante todo, es que todos los que llegan frente a la tumba de Carlo sienten la necesidad de detenerse. Casi como si entablaran un diálogo con él. Hasta el punto de que, para nuestros voluntarios, resulta difícil gestionar el flujo continuo de personas. La gente habla con Carlo. Y, naturalmente, cada uno lo hace en su propio lenguaje. Cada persona le lleva sus problemas, sus preguntas, sus preocupaciones. Los jóvenes, en particular, llevan consigo sus interrogantes... o comienzan allí mismo a plantearse los. Ante un joven santo, cuyo cuerpo en vida debía medir alrededor de un metro ochenta y que ahora aparece sonriendo en la inmovilidad de la muerte, es inevitable preguntarse por el sentido de la vida y de la muerte. Y, al mismo tiempo, se percibe una extraordinaria vitalidad que parece irradiar de ese cuerpo sin vida. Los sentimientos se elevan hacia lo alto; surgen preguntas sobre la fe; se aprende a amar la Eucaristía. Quizá también nace la reflexión sobre las exigencias de la vida moral, especialmente en una cultura que ha perdido en gran medida el sentido del pecado: un desafío que afecta a todos, pero particularmente a los jóvenes. Me gustaría poder entrar por un momento en la mente de todas las personas que pasan ante ese cuerpo. Cuando llego mientras algunos permanecen rezando allí, no es raro que alguien, al reconocermé, se acerque. Muchos me piden una bendición, casi como si fuera Carlo mismo quien se la concediera. Otros me confían algún problema personal para encomendarlo a su intercesión. Alrededor de esta tumba existe un fenómeno que jamás habría imaginado. Por supuesto, no debemos excluir elementos más ordinarios, como la curiosidad o el interés despertados por la difusión

mediática y por el deseo de saber más. Pero, en conjunto, percibo sobre todo una atmósfera impregnada de algo sobrenatural. Es un mensaje para la Iglesia y para el mundo. Quizá apenas estamos al comienzo.

**Pregunta.** *¿Por qué un adolescente de hoy debería inspirarse en Carlo Acutis?*

**Respuesta.** Carlo inspira. Hace pensar. Transmite la sensación de una vida vivida plenamente y con alegría, haciendo las cosas normales que apasionan a los adolescentes: el deporte, la naturaleza, los ordenadores. Carlo es también una provocación. No faltarán adolescentes ya atrapados por el hedonismo, el sexo fácil y ciertos estilos de vida superficiales, para quienes Carlo parecerá un modelo lejano e imposible. Y, sin embargo, veo que muchísimos jóvenes —especialmente aquellos que llegan organizados por las parroquias— quedan profundamente impresionados ante esta historia que interpela directamente el corazón. Eso mismo me sucedió a mí con los jóvenes estadounidenses que me impulsaron a escribir mi libro sobre Carlo. Lo que más desconcierta a muchos es aquella frase suya: todos nacemos originales, pero muchos mueren como fotocopias. Interrogarse sobre la originalidad es, en el fondo, interrogarse sobre la libertad. Es una cuestión fundamental para todos, pero especialmente para los jóvenes. Encontrarse con alguien que afirma haber encontrado una libertad auténtica no puede dejar indiferente. Uno de los capítulos de mi libro dedicado tanto a Francisco como a Carlo lleva por título “Rebeldes a su manera”. ¿No es acaso una idea fascinante para jóvenes que todavía no se han resignado a un mundo envejecido y sin esperanza?

**Pregunta.** *El camino humano y espiritual de Carlo se desarrolla en la vida cotidiana: la familia, la escuela, las amistades normales, la parroquia. En cada uno de estos ambientes encontró adultos significativos que le ofrecieron mucho, pero que también supieron escuchar su experiencia humana. ¿Qué enseñanzas y desafíos plantea la historia de Carlo a los educadores de la comunidad cristiana de hoy?*

**Respuesta.** Lo verdaderamente impresionante es que Carlo sintiera la necesidad de vivir su adolescencia —con todos sus intereses, sueños y creatividad— dentro de los ámbitos de la familia, la escuela y la parroquia, buscando además el diálogo con adultos en quienes confiaba. Parecía haber comprendido la misión de sabiduría que corresponde a los adultos, incluso en una época en la que los jóvenes superan muchas veces a los mayores en habilidades tecnológicas y digitales. La experiencia acumulada a lo largo de la vida no puede ser sustituida por un ordenador. La vida no es solamente información. Es también una profundidad humana que necesita tiempo para madurar. Naturalmente, los años por sí solos no bastan para alcanzar esa madurez. Hay adultos que permanecen infantiles. Pero cuando alguien ha adquirido una verdadera experiencia de vida, entonces sí puede ofrecer algo valioso a los jóvenes de hoy. Carlo comprendió esto. Por eso se confió a la pedagogía milenaria de la Iglesia, recurriendo incluso a un director espiritual y a un confesor. Lo hizo valorando profundamente la experiencia de su propia familia, en una relación singular de dar y recibir. Es bien sabido que sus padres han testimoniado que fue el propio Carlo quien los ayudó a redescubrir la fe. Pero también ellos le dieron muchísimo a él, incluso a través de las personas que lo acompañaron y guiaron. Y también aquí —si se me permite subrayarlo una vez más— aparece un hilo que lo une a Francisco de Asís. Pocos saben que el mismo Francisco, durante su camino de conversión, estuvo acompañado por el obispo Guido. La película de Zeffirelli no lo presenta precisamente de manera favorable, pero la historia muestra que el obispo fue un verdadero amigo y consejero para el joven Francisco, antes y después de su despojo de los bienes materiales. Precisamente por esta razón decidí colocar el cuerpo de Carlo en un santuario unido directamente al obispado. Cuando el párroco al que había confiado el santuario fundó un oratorio juvenil, decidió dedicarlo a Carlo mucho antes de que comenzara en Milán el proceso de beatificación. Cuando llegó el momento de trasladar su cuerpo desde el cementerio a una iglesia, tras el decreto de venerabilidad, aquella elección previa me pareció una señal de que el Señor quería a Carlo precisamente en esta iglesia de Asís. Guido para Francisco; don Ilán y tantos otros para Carlo: el camino hacia la santidad de ambos nunca fue un camino solitario. La compañía de Dios pasa también a través de la compañía humana: hombres y mujeres capaces de convertirse, para los jóvenes, en voz de Dios.